



Juan Ignacio Zavala

Abascal

Metocó conocera Carlos Abascal hace ya unos años. Quiero decir que nunca fui su amigo ni su alumno ni nada por el estilo. No aprovecharé este espacio ni la lamentable circunstancia de su muerte para decir “cuánto nos queríamos”, “la entrañable amistad” o frases de ésas muy propias de las elegías mexicanas. Jamás conviví socialmente con él. Coincidimos en un par de viajes en los últimos meses y conversamos animadamente. Obviamente participábamos en diversas juntas. No teníamos mucho en común pero nos brindábamos el aprecio de quienes solamente son compañeros, camaradas de partido (hay que hacer notar que no de todos los que están en un partido se es compañero).

Sin embargo, y a pesar de no coincidir con él en varios aspectos de la vida partidista y de la propia política nacional, Carlos contaba con mi absoluto respeto. Sé que ésta era una de sus características, propios y extraños, amigos y adversarios le respetaban. Y era un respeto ganado a pulso. En estos días será un lugar común decir que era un hombre congruente con sus ideas, pero sí lo era y es algo que no se encuentra muy a menudo, y por eso destacaba.

Destacaba frente a los que no pensaban como él, porque no sólo tenía la capacidad intelectual de exponer y defender sus ideas, sino que tenía la costumbre de respetar las opiniones de los demás. Ejercía la virtud de la tolerancia (por eso no extraña que un *neanderthal* como Ricardo Monreal se impresionara ante él). Y por eso mismo también destaca frente a los muchos que piensan como él pero que no tienen ni la capacidad de defender sus ideas y convicciones ni mucho menos de decir públicamente lo que piensan. Hace poco, en un homenaje que se le hizo, Abascal criticó —palabras más, palabras menos— que muchos católicos

en la esfera gubernamental escondieran sus creencias por estar del lado de lo “políticamente correcto”. Y es que, en efecto, cada vez son más pero ya no sólo a nivel de clase de gobierno sino “católicos de a pie” los que parecen estar avergonzados de creer en lo que creen.

Frente a representantes de la Iglesia católica que dan verdadera pena o coraje —según sea el caso—, el testimonio de personas como Abascal le hará falta al rebaño católico, esto al margen de que se estuviera o no de acuerdo en la forma en la que asumía la religión (en lo personal yo no lo estaba). Pero cuán lejos los que no concordábamos en su visión de la religión estamos de dar un testimonio como el suyo. Por eso hará falta. Porque fue tenaz, porque fue congruente, porque luchó, verdaderamente, hasta el final.

No me queda más que agradecerle a su mujer y a sus hijos lo mucho que hizo Carlos por el país, por el PAN. ■■

juanignacio.zavala@milenio.com

Destacaba frente a los que no pensaban como él, porque no sólo tenía la capacidad intelectual de exponer y defender sus ideas, sino que tenía la costumbre de respetar las opiniones de los demás

